



## ¿RENOVACIÓN EN EL PARTIDO SOCIALISTA FRANCÉS?

**Antonio Hermosa Andújar**  
(Universidad de Sevilla)

El pasado día 18, el Partido Socialista Francés (PSF) publicó en su página web su nueva *Declaración de principios*, la quinta desde la creación de la *Section française de l'internationale ouvrière* (SFIO) en 1905; se trata de una *Déclaration*, y no de un “proyecto” o de un “programa”, como enfatiza Alain Bergounioux, miembro de la comisión que la redactó, y que la considera un mero “carné de identidad socialista”; pero con ella el PSF, queriendo poner un punto y aparte a su situación actual bajo la forma de punto y seguido con su propia tradición, entiende dar inicio a su proceso de renovación. ¿Y quién duda de su urgencia, luego de tres derrotas consecutivas en las presidenciales, una de ellas particularmente humillante, y sin que las perspectivas actuales de acceso a la más alta magistratura del Estado sean más halagüeñas?

El texto, un breve escrito de aproximadamente cinco páginas, se halla dividido en cuatro partes: un preámbulo y tres apartados dedicados respectivamente a “nuestros fines fundamentales”, a “nuestros objetivos para el siglo XXI” y a “nuestro partido socialista”. ¿Qué afirma ser y querer el PSF? Quien lo lea y logre perfilar al sujeto que tras sus páginas aspira a exhibir su identidad y voluntad no podrá sino sentir un cosquilleo de emoción ante la presencia de alguien que no acepta el chantaje del *statu quo*, no se resigna ante el imperio de la fuerza y su cortejo de injusticias, y no sufre parálisis ante lo desconocido. Pero es posible también que, pasado el resplandor inicial que deslumbra, cuando compare a dicho sujeto virtual con su forma conocida y real



quizá también advierta a las *preciosas ridículas* que se agitan entre los bastidores de tan refleja *grandeur*.

El PSF considera obligado “construir un mundo nuevo y mejor”, donde “el ser dotado de razón y libre” que es el hombre, el centro de su filosofía y “un ser social que engrandece al relacionarse con los demás”, conviva en paz con los demás en un mundo de iguales; y se considera obligado a ser actor en dicho proceso. No en vano se jacta de abreviar en las fuentes del humanismo y la Ilustración, de asumir la tríada de valores revolucionaria, de reunir en acabada síntesis las virtudes del pensamiento crítico y de la acción del movimiento obrero, esos dos progenitores guerrilleros que durante dos siglos no han cejado en su hostilidad contra la sociedad de mercado que el capitalismo desea crear.

En el *Preámbulo*, además, el pedigrí con el que el PSF se auto-constituye en arquitecto del mundo venidero se refuerza con la savia que recibe del “recuerdo” (sic) de la Comuna, el legado democrático republicano o la obra social del Frente Popular. Resulta llamativa, en cambio, aunque sea *bienvenida*, la ausencia del marxismo entre tanta fuente, sobre todo cuando a nadie debe tanto como a él esa *resolución* de la filosofía en el mundo, la síntesis de pensamiento y acción que los socialistas franceses afirman llevar en sus genes, o cuando nadie ha combatido tanto el capitalismo, ése enemigo secular del socialismo francés (ausencia que será definitiva, pues si bien quepa rastrear su paso en algunas de las finalidades o de los objetivos del PSF, sin embargo carece de autonomía al no aparecer nunca bajo su concreto nombre).

Por lo demás, es mucho más fácil declararse heredero de ese conjunto de tradiciones intelectuales y prácticas políticas que serlo, pues la ficción de la herencia ahorra el esfuerzo de constatar la compatibilidad genética de las raíces y posibilita una cómoda ocultación del hecho de que muchas de las luchas sociales habidas en Europa la libertad las ha librado contra la igualdad o los obreros contra



la democracia o la Ilustración. Y sobre todo ahorra el esfuerzo de comprobar si tan prolífico muestrario de raíces, incluida la de la historia del propio partido, cuadra con todos los fines pretendidos, a comenzar por la misma democracia. Quién sabe, igual tanta y tan heterogénea raíz tenga al final algo que ver con tanta *alma* del Partido Socialista Francés –el eufemismo con el que se suelen enmascarar las ambiciones de sus omnipresentes barones-, y mantenga vivas eso que Bergounioux sigue llamando “sensibilidades”, pero que una editorial de *Le Monde* sobre este asunto precisamente calificaba de “clanes”.

Los fines y objetivos de la *Déclaration* socialista componen una rara mezcla de *desiderata* ideológicos y declaraciones de principios no siempre fáciles de traducir en medidas concretas una vez se ejerza el poder; mas de ser ése el caso articularían en su conjunto una política económica y social de hondo calado y grandes repercusiones sobre el cuerpo social y aun sobre la comunidad internacional, pese a que en absoluto resulten novedosas por sí mismas.

Entre ellos merece la pena mencionar la entronización del ideal de la igualdad, necesario frente al cúmulo de infinitas injusticias y violencias con las que la vida parece venderse al azar y la justicia al más fuerte, y que ningún automatismo, ni económico ni social, está en grado por sí mismo de realizar. Al respecto se requiere “la permanente redistribución de los recursos y las riquezas”, una de las tareas con las que el Estado deberá intervenir en la esfera de ese gran patriarca de las desigualdades y de la sinrazón que es el capitalismo. La democracia, concebida a la vez como medio y como fin, será el teatro donde toda esa actividad tenga lugar, por cuanto se trata del único régimen político en el que hombres y mujeres pueden decidir sobre su destino, que es el de su sociedad y el del mundo.

Asimismo, los socialistas optan por un modelo económico “social y ecológico” en el que la preservación del planeta es ya una especie de *derecho*



*humano más*, que gracias a un desarrollo duradero, basado en la ciencia y la tecnología, garantice la más amplia protección social y la creación de empleo. Lo cual supone “reactualizar” un viejo aliado de la justicia, y criatura genuina de la cosmovisión socialdemócrata: el *Estado Social*, pero también infundir nueva savia normativa al trabajo, factor clave de inserción social para el individuo, así como de su reconocimiento y de su emancipación; he ahí, por cierto, una nueva ocasión desaprovechada de citar a Marx, y si dicha omisión es deliberada hubiera cabido edulcorarla retrotrayéndola hasta su matriz *burguesa*, como Max Weber nos enseñó (de no ser deliberada, ciertamente Freud habría tenido algo que decir).

En el orden internacional los socialistas se decantan por una visión multipolar del mundo, en la que la paz, la seguridad colectiva y el co-desarrollo constituyan el grupo de los objetivos primarios de la comunidad internacional. Apuestan igualmente por el fortalecimiento de las instituciones comunes, como la ONU, y dan por descontada la necesidad de una Europa fuerte, de la que forman naturalmente parte, en grado de coadyuvar en la consecución de los objetivos citados.

La gran baza con la que afirman contar para ese universal desempeño es una partido socialista de carácter republicano, laico, reformista, descentralizador; francés, desde luego, pero también europeísta e internacionalista, además de democrata. Un partido que considera suyos los “grandes principios de la justicia”, por lo cual fácilmente sabrá evitar las tensiones entre su doble dimensión de valor y de institución, como ya evitara –cabe suponer–, con su amor a la igualdad, los conflictos latentes a su doble condición de ideal y de norma. Un partido, en fin, que se sabe “partido popular anclado en el mundo del trabajo”, y que se ofrece como núcleo de unión “de todas las culturas de la izquierda”. A uno, vista la heterogeneidad de ese arco iris político le vienen ganas de preguntar si es posible *ser* todo eso; si es posible serlo y ser *coherente*, o democrático, a la vez.



Sólo un comentario final. En primer lugar, al tratarse de una *Declaración*, y no de un proyecto ni de un programa políticos, la generalidad y ambigüedad en sus formulaciones conforman inevitablemente sus dos damas de compañía, en grado de robarles el espacio a las numerosas cuestiones y dudas que suscitan acerca de su traducción en preceptos concretos de acción. Empero, si al hecho de que las palabras son gratis se añade que provienen del país que toma su vicio retórico por obra de arte, de un país que te ofrece un proyecto político con el mismo tono teatrero que te vende un queso o te informa del tiempo, el carácter hueco del mensaje es de tal calibre que, a decir verdad, difícilmente no lo suscribiría, casi punto por punto, incluso el mismísimo Sarkozy. Es decir, que “ser socialista”, algo que tan difícil sería a tenor de la explicación del art. 1 de la *Declaración*, podría llegar a simplificarse al punto de equivaler a *ser conservador*.

En segundo lugar, que un tufillo antinorteamericano se desprende a lo largo de la entera *Declaración* cada vez que los males del presente o las incertidumbres del futuro han de apuntar a alguien con sus respectivos índices. Solucionado, pues, el problema de la responsabilidad, parece...

Por último, el triunfalismo del compromiso con el futuro sirve de máscara a los autores de la *Declaración* para encubrir las miserias políticas recientes que han llevado al PSF al vía crucis que padece, y del que aquélla delata sus intenciones de salida. Mal ha asimilado sus experiencias de fracaso un partido que ha perdido tres elecciones presidenciales consecutivas, que cuando gobernó en 1981 empezó a desarrollar una política completamente antagónica a la explicitada en el programa, muy similar a la que ahora embiste, es decir, que se convirtió en gestor del capitalismo en Francia y defensor del nacionalismo francés; que, por no seguir ahondando en la herida, llega con diversas *almas* al referéndum sobre la Constitución europea, unas a favor y otras en contra, y en el que suma un alto



porcentaje de sus votos a las fuerzas extremistas de izquierda y derecha en pro del no. Mal ha asimilado tales experiencias, digo, un partido sumido casi de manera permanente en las últimas décadas en una crisis de liderazgo en la que cada gallito sale al ruedo político con su particular quiquiriquí, cuando la propuesta frente a su envejecimiento actual es la huida hacia delante en forma de auto-idealización.

Así pues, aún no es hora de intentar clarificar la posición de los socialistas franceses, sino que, al respecto, habremos de esperar a dos fechas: una cierta, junio, con la primera reunión del partido para discutir la *Déclaration*; y la otra, tan decisiva como incierta, la de su eventual reapropiación de los resortes del gobierno. Será entonces cuando las palabras habrán de fluir en hechos, y cuando de verdad sepamos si la construcción de un “mundo nuevo y mejor” era o no la metáfora de su –legítimo- deseo de recuperar el poder.